



BALANCE DEL AÑO

No tratamos de hacer el balance del año 1932, porque sería ardua tarea decir lo que dió de sí tan infausto año; nos referimos solamente a lo que dió de sí en lo referente a nuestro periódico TRIBUNA LIBRE.

En el primer número de nuestro periódico, esta Comisión expuso su pensamiento, y al dirigirnos a todos los asociados, les expusimos el deber que todos tenían de colaborar en él, pues no siendo periódico de empresa ni de lucro, necesariamente la colaboración habría de ser obra de nosotros mismos, siempre que nos ajustáramos a las leyes dictadas para esta clase de publicaciones, como también guardando entre nosotros la debida cultura y no ofender ni personalizar en nuestros escritos la honorabilidad de ningún camarada asociado.

En parte, hasta la fecha hemos cumplido el fin para que fué creado nuestro periódico; pero esta Comisión no está satisfecha, y lamenta que, al entrar en el segundo año de su publicación, tenga que recordar nuevamente a todos, absolutamente a todos los asociados, el deber que tienen de colaborar en nuestra modesta publicación, pues nadie nos podrá negar que en nuestra organización existen compañeros de reconocida cultura y también otros elementos bien destacados en toda clase de conocimientos sindicales que hasta la fecha (no sabemos por qué causa) no nos han mandado ningún escrito ni nos han prestado su colaboración.

Contrasta esta línea de conducta de los camaradas antes citados, negándose a colaborar en nuestro periódico, con la conducta de los que, desde la fundación de nuestro periódico, nos vienen ayudando en nuestra labor, especialmente los jóvenes, que con todo entusiasmo y valentía han demostrado desde las columnas de TRIBUNA LIBRE sus ansias de llegar a la emancipación del proletariado y a la redención de los esclavos del salario.

La Comisión de TRIBUNA LIBRE agradece de todo corazón a estos queridos colaboradores sus desvelos y su entusiasmo y se enorgullece de que en nuestra organización

haya camaradas que puedan con sus escritos llevar un poco de cultura y de entusiasmo revolucionario a todos sus compañeros de oficio, pero esto no basta; es preciso que todos los obreros de carruajes reflejen en TRIBUNA LIBRE sus ideales, sus odios a la injusticia social, sus penas, al ver que el proletariado es cada vez más oprimido por la clase dominante y, en fin, todos los dolores íntimos que padecemos los trabajadores.

La Comisión de TRIBUNA LIBRE cree que es llegado el momento de que todos los asociados, para quienes fué creado nuestro periódico, se convenzan de la necesidad que tiene esta Comisión de la colaboración de todos, pues siendo nuestra publicación como su título indica, LIBRE, es deber ineludible de los obreros de carruajes exponer sus opiniones, cualquiera que éstas sean, y que seguramente será beneficioso para todo el oficio al conocerlas.

También queremos hacer constar, que nuestro periódico no puede, en modo alguno, tomar determinado carácter sindical o político. ¡No! Nuestra TRIBUNA LIBRE no puede ser otra cosa que el paladín que defiende todo lo que signifique injusticia social y defensor de los intereses de todos los explotados de carruajes, por tanto sus columnas estarán siempre abiertas a todas las opiniones, tanto políticas como sindicales, y esta Comisión procurará por todos los medios que tenga a su alcance difundir por toda España los ideales de todos por medio de nuestra publicación mensual.

Al entrar en el año que empieza, esta Comisión saluda a todos los obreros de Carruajes de nuestra nación, saludo que hace extensivo a todos los trabajadores del mundo que luchan como nosotros por romper las cadenas de su esclavitud, y hace fervientes votos por que en este año demos el paso decisivo para el logro total de nuestra emancipación social.

LA COMISION

¡Compañeros!

Propagad TRIBUNA LIBRE

«El Hambre»

Muchas veces se ha dicho que el hambre hace revolucionarios.

Se equivocan los que tal aseveran.

Lo que hace el hambre es abatir, quitar alientos, restar energías.

No negamos que en alguna ocasión puedan los hambrientos ser auxiliares de un movimiento revolucionario; pero alma de él, su factor primordial, no.

A lo más que llegan los hambrientos es a producir motines, atentos tan sólo a satisfacer la necesidad del momento.

Las que hacen revolucionarios son las ideas. Quienes carezcan de éstas, aunque el hambre que sientan sea mucha, nada verdaderamente revolucionario harán.

Los zarpazos del hambre sirven mejor para crear mendigos que para dar buenos soldados a una causa progresiva.

No son los obreros que sufren mayor miseria ni los que padecen más hambre los que acuden antes a la Asociación: son los otros, son los trabajadores mejor alimentados, los que conservan algunas energías, quienes forman Sociedades y las sostienen.

No son los asalariados más empobrecidos, más famélicos, los que se alistan en el Partido Socialista; son los menos de-pauperados, los menos abatidos, los que menos nublada tienen su inteligencia, los que ingresan en él, los que se agrupan bajo la roja bandera.

Si el hambre hiciera revolucionarios, habría que desear que todos los obreros la padecieran, y hasta procurarlo. Como no es así, como sucede todo lo contrario, los trabajadores se esfuerzan por mejorar su condición, no para estancarse en el simple mejoramiento, sino con el fin de prepararse material, moral e intelectualmente para emanciparse y emancipar a los demás seres humanos de toda dependencia política y económica. Las épocas de escasez y de hambre producen efectos desastrosos en una gran parte de la población obrera. Son éstos el abatimiento, la pasividad, el escepticismo, la cobardía y hasta el olvido de sus intereses o la traición a los mismos.

No hay que contar con el hambre para hacer revolucionarios, porque el hambre no los hace. Querrán la revolución, irán a ella, los hombres que, sustentando grandes ideales, hayan recibido una excelente educación ciudadana, tengan energías y dispongan de un ánimo resuelto.

Fabricarán, pues, revolucionarios no los engendrados del hambre, ni los que despiadadamente traten a los asalariados, sino quienes tomen con interés el que éstos se vigoren e instruyan, infundan en ellos los ideales de redención y lleven a su ánimo el convencimiento de que en la lucha por los mismos han de ser incansables.

PABLO IGLESIAS.

Balance del Capitalismo

El régimen social capitalista ha llegado a su término. No es ésta una solución de teorizante que toma su deseo por realidad; la afirmación resulta del examen del panorama mundial. No sólo reclama con urgencia su desaparición el ansia de justicia que sienten las masas, sino también la propia incapacidad del régimen para resolver los problemas que él mismo planteó. Es una evidencia que resiste a la dialéctica del cinico y a la habilidad del casuista; es el saldo en quiebra de la organización capitalista. El capitalismo hizo la guerra de 1914-1918, y a la hora presente no encuentra remedio a lo que es triste herencia de la tragedia. La guerra no fué un fenómeno esporádico ajeno al régimen u obra exclusiva de la voluntad de unos cuantos hombres insensatos y malvados, sino la resultante total del sistema económico-político que dividió la tierra en feudos. Las guerras, todas las guerras, tuvieron un único dinamismo común, a saber: la razón económica. Primero fué el hombre contra el hombre, es decir, el que ambicionaba una cosa contra otro que la tenía. Después, la tribu contra la tribu por la ocupación de las tierras más propicias al desarrollo de sus intereses. Luego, pueblo contra pueblo, reino contra reino, grupo de naciones contra otro. La ganancia que se

disputaba no era para todos los combatientes vencedores, sino para el que mandaba, para el jefe. Este fué, sucesivamente, el guerrero más audaz, el señor que se impuso por la fuerza, el rey, producto de todos éstos, y en nuestros tiempos modernos, la minoría dueña del capital. Este proceso morfológico de la guerra que bosquejamos no se hizo claro para los pueblos hasta que el marxismo dió a la Historia la interpretación económica. Provistos de tal reactivo, descubrimos que los distintos enunciados con que se movilizó a los hombres eran pantallas del objetivo económico de la contienda. Y los enunciados hubieron de hacerse con ingredientes de razones morales, político-religiosas, conceptos abstractos y sentimentales, cuando no bastó la voluntad todopoderosa e indiscutida de quien movilizaba. Así el guerrero audaz invocó la valentía de la tribu; el santón ladino, la voluntad de su dios; el señor feudal, el honor de las armas; el rey, la gloria y la bandera; la minoría dominante de la época presente, el honor nacional, la patria. Y siempre la religión contribuyó a todos los enunciados en dosis determinantes. Todos los dioses tuvieron sed de sangre humana. El fanatismo emborrachó a los soldados; pero el guerrero, el santón, el rey, el «patriota», no perdían la cabeza y sabían a qué atenerse. Buscaban el botín. Poco les habría importado que creyeran en la vaca sagrada, en Jesús o en Mahoma si no hubieran tenido bienes terrenales.

El jefe solía decir: «El rebaño de la tribu enemiga será para nosotros», porque algún corderillo caería en manos de su gente. Pero cuando todo fué para el señor, el rey, el pontífice o la minoría dominante, hubieron de advertir al soldado que debía conformarse con la gloria de haber defendido a su dios, a la patria, al honor nacional, a la civilización... De todo eso estaban dispuestos los amos a dar cuanto quisieran; del botín, nada.

Los problemas que angustian a los hombres en esta hora son inherentes al régimen capitalista. Tienen su origen en los métodos aplicados a la distribución de la materia prima y de la producción en la propiedad privada, en el sistema que crea acumulación aquí y penuria allá. El maquinismo y la racionalización, que de manera lógica debieran servir a elevar el nivel de la vida de los trabajadores, se convierten en causas de miseria y hambre cuando los maneja el capitalismo. A pesar de que la ciencia económica está a su servicio y de que dispone de todos los resortes, este régimen social no encuentra la solución prometida, a sabiendas de que no existe en él. Por todas partes desorden y anarquía. No hay equilibrio entre las posibilidades de producción y las necesidades de consumo. Los signos monetarios, en constante fluctuación y agarrados por el oro, no sirven a las operaciones distributivas. Anemia progresiva en la mayoría de los pueblos. Hay, como consecuencia de la guerra, países hipotecados, y la hipoteca alcanzará a generaciones que no han nacido. Millones de hombres no tienen pan, mientras se pudre el trigo en los graneros. Y, paralelamente, no funcionan los mecanismos políticos: crisis aguda del parlamentarismo, automatización de partidos, grupos con caudillos turbios, servidores de trusts, cárteles o consorcios industriales y financieros. Una cifra de millones en

progresión constante de obreros sin trabajo, represión brutal de las reivindicaciones proletarias, dictaduras militares, la rebelión de los esclavos ahogada en sangre, amenaza de nuevas guerras, carrera desenfrenada de armamentos...

El balance es abrumador, y estos hechos demuestran que el régimen capitalista ha llegado al final de su función histórica. Podemos opinar y discutir acerca de cuál otro sistema de organización social debe reemplazarlo; pero coincidimos en la necesidad urgente del cambio. Nosotros creemos que es la hora del Socialismo.

V.

Las reivindicaciones como base del movimiento sindical

La primera condición para realizar la unificación de las fuerzas obreras en la lucha contra el capitalismo (sean éstas de la tendencia que fueren), es presentar una base de reivindicaciones. La gran ofensiva emprendida por el capitalismo exige una contraofensiva vigorosa por parte de los trabajadores. Las fuerzas de la contrarrevolución están coaligadas en un frente que por encima de sus antagonismos o tendencias de rapiña rebajan de una u otra forma el nivel de vida de los trabajadores, y con este procedimiento buscan, a la vez, una salida contrarrevolucionaria a la crisis.

La lucha por la elevación de los salarios y todo el nivel de vida de la clase obrera exige la unificación de todas las fuerzas sindicales; la pequeñísima parte de mejoras que tienen conquistadas los obreros en este último tiempo tiene la significación del comicio de una lucha entablada para solucionar la crisis de una manera revolucionaria. Pero estas pequeñas posiciones conquistadas en la lucha no significan nada si los trabajadores no unen sus fuerzas sindicales en un solo frente de clase que por encima de toda tendencia ideológica y jefes reformistas de las centrales sindicales organice la batalla final, destruyendo de una vez para siempre el frente de la contrarrevolución.

La movilización de los trabajadores en torno a esta «unidad de fuerzas» en un plano nacional ha de hacerse sobre la base de reivindicaciones justas que interesen a todos los obreros, sin distinción de tendencias e ideologías.

Son muchas las reivindicaciones que se tienen planteadas; pero he aquí las más esenciales y justas para la elaboración de una plataforma de «Unidad Sindical»:

a) En el orden económico:

1. Aumento general de los salarios y supresión de impuestos sobre éstos, reemplazándolos por impuestos sobre capitales.

2. Aplicación en todos los trabajos de la jornada de siete horas, de seis horas para las industrias insalubres y obreros jóvenes y de cinco en los trabajos agrícolas.

3. Supresión de la competencia entre la mano de obra masculina y femenina, estableciendo el principio «A igual trabajo, igual salario».

4. Prohibición del cierre de fábricas y talleres; mantenimiento íntegro del salario en caso de reducción de horas o de días de trabajo.

5. Subsidio de maternidad y pago por

el Estado y los patronos. Pago íntegro del salario dos meses antes y después del parto.

6. Prohibición del trabajo a los menores de catorce años. Pagos de dos horas diarias a los aprendices para seguir los cursos técnicos.

7. Subsidio del 75 por 100 del salario a los obreros sin trabajo.

8. Supresión, para los sin trabajo, de todos los impuestos, pago de alquileres, prohibición del desahucio, viajes pagados, etc.

b) En el orden social:

1. Supresión de la llamada «ley de Defensa de la República» y «ley de Asociaciones de 8 de abril».

2. Libertad de manifestación y reunión para las organizaciones obreras. Derecho de apertura de las organizaciones clausuradas.

3. Supresión de toda intervención del Ejército en las huelgas, manifestaciones y conflictos obreros.

4. Disolución de todas las organizaciones armadas del capital, tales como la Guardia civil, Asalto, Policía social, somatenes, etc.

5. Derechos políticos a los soldados y jóvenes en general a partir de los dieciocho años.

He aquí la base de donde todos los obreros, sin distinción de matices ideológicos, pueden sacar una plataforma de reivindicaciones que les permita agruparse en un solo frente de lucha para conseguir de una manera revolucionaria.

¡Obreros de carruajes! Vuestro puesto de lucha es el Sindicato de Carrocerías. Todos juntos, porque todos somos igualmente explotados. Todos juntos, para luchar contra los patronos de carruajes, pero a la vez ligándonos a los demás trabajadores para conseguir el objetivo final, pero no como quieren unos u otros idealistas, sino como nos aconseja la lógica: por medio de un solo frente de «Unidad Sindical», sin distinción de ideologías.

M. ALEJANDRE.

Los partidos obreros y el proletariado

Es muy corriente, en las actuales circunstancias, cargar toda la culpa de la mala situación de los trabajadores al partido socialista, y más concretamente a sus dirigentes; pero debemos decir que esto no es verdad más que a medias, y todos estamos en la obligación de buscar las verdaderas causas e impedir que continúe indefinidamente.

Cierto, muy cierto, que los diputados y ministros socialistas defienden al capital en contra del obrero; ¿pero es que acaso no es esa su misión? Todo el revolucionarismo de los políticos no es otra cosa que el medio de encumbrarse y redimirse para luego exclamar: ¡Hay que sacrificarse! Por esto a todos nos cabe parte de culpa.

Si queremos evitarlo, si no estamos conformes con ser el eterno conejillo de Indias destinado a experiencias, no nos queda otro camino que la acción revolucionaria de clase, sin tutelajes ni concomitancias de políticos mandones o aspirantes a ello.

Tan falso es para el obrero el tradicionalismo como el liberal y tan perjudicial el socialismo católico como la dictadura proletaria.

Tanto en uno como en otro caso no hacemos otra cosa que cambiar de señor. Sin necesidad de ir muy lejos tenemos en España un ejemplo que todos hemos conocido y que no deja lugar a dudas. Comparando dos ministros de Trabajo, uno burgués y aristócrata (Aunós), proletario y salido de la clase oprimida el otro (Largo Caballero), nos preguntamos: ¿cuál ha sido peor? Y apenas si notamos la diferencia. Por tanto, compañeros constructores de carruajes, hemos de tener presente que no debemos quitar a Pedro para poner a Juan, sino que hemos de ir a eliminarlos a todos. Sólo cuando no tengamos amos seremos libres; y esto, que no deja de ser una perogrullada, hace falta que lo tengamos muy presente y que no se nos olvide hoy, que tanto hincapié se hace en la dictadura del proletariado. Pero como no quiero cansaros mucho, voy a citaros un ejemplo que todos, por desgracia, hemos conocido; todos sabemos que la dictadura de Primo de Rivera era dictadura militar; pues bien, ¿qué ventajas tenía el soldado? ¿Ejercía éste la dictadura? No. La dictadura era ejercida por los altos jefes y en su beneficio. Pues esto mismo es lo que ocurre con la llamada dictadura del proletariado, que no es más que de quienes habrán sido proletarios (que ya no lo son) y que hoy explotan al productor en provecho suyo y de la burocracia que le apoya.

B. CALATAYUD.

La voz de los jóvenes

¡ADELANTE!

Es el grito de las multitudes: ¡Adelante! Sí, adelante. Hace falta avanzar, progresar, engrandecernos, regenerarnos, dirigir nuestros pasos hacia la emancipación, la libertad y el trabajo; pero sobre todo hace falta, para conseguir todo lo que deseamos, darnos todos los explotados un abrazo de fraternidad y lanzarnos todos por completo hacia el abismo que nos separa para establecer el bienestar del hombre.

Para ello es necesario tener fe, optimismo, confianza en ese mismo grito, en ese mismo porvenir que deseamos. No es suficiente gritar enardecido y decir: ¡Vamos adelante! para triunfar; es preciso saber lo que queremos y adónde vamos, hacernos cargo del camino recorrido y del que falta por recorrer. Para llegar el proletariado al grado de organización que hoy disfruta ha tenido que pasar una horrible historia de inferioridad material y sufrir los innumerables embates de un enemigo mil veces malvado, corruptor y cruel.

Para alcanzar nuestra libertad y nuestra soberanía como clase productora digna de la emancipación no es obligado privar de ella a los que padecen manía persecutoria contra nosotros, sino engrandecer nuestra organización con la unión, la perseverancia y el trabajo, hasta hacerlo modelo de solidaridad colectiva.

El capitalismo es violento, inhumano e inmoral, injusto e individualista, por lo cual no tiene base sólida.

¿Cómo se explica que durante tantos siglos haya sido el dueño, el usurpador gratuito del que todo lo produce? Es fácil de explicarlo: la plebe siempre fué ignorante, servil e irreflexiva. El proletariado de hoy ostenta en su haber gran-

des conquistas, infinitos triunfos. Pero ¿es que ha abolido por completo la esclavitud? No, por cierto, porque existe todavía como remedio del pasado la tarea del asalariado, la dependencia económica y cierta incapacidad social en la masa campesina. Para superar al régimen capitalista, substituir el salario y afianzar la producción, precisa combatir la ignorancia social de las masas, abolir por completo el analfabetismo, desechar la perniciosa falta de cosechar odios y venganzas entre los propios trabajadores, unificar las fuerzas sindicales hasta hacer que marchen como un solo hombre. Los falsos propagandistas de la economía burguesa propalan por doquier que el desarrollo del maquinismo y la rápida aparición de infinitos inventos determinan el paro forzoso, y, partidarios de Mathus, afirman que el crecimiento humano traerá la ruina universal y la miseria proletaria, que tendrán que venir algunas guerras o plagas que aminoren o devasten al género humano. Contra esa guerra cavernaria y disolución como panacea universales para resolver el pleito entre el capital y el trabajo, también tiene que hacer frente y levantar bandera la organización obrera.

La burguesía créese provista contra todos esos males con el dinero, el ejército y la producción que posee en sus manos, y hace descargar sobre el proletariado toda clase de calamidades. Pero ¿es que la producción no es suficiente para alimentar al género humano? Sobre estar científicamente demostrado que la tierra permanece en su mayor extensión deshabitada e improductible, todavía se puede objetar esto: ¿De qué proviene la guerra comercial? ¿Por qué existe superabundancia de producción? ¿Por qué se arrojan al mar las mercancías, se queman y se dejan en el pudridero de los almacenes las producciones nacionales, producto del esfuerzo obrero? Tales teorías no pueden tener confirmación, porque no se apoyan en ninguna base sólida.

Lo que sucede es que el capitalista muere de plétora y sus almacenes rebosan los productos; el proletariado, origen de tanta riqueza acumulada, muere de anemia en medio de la trágica miseria.

¡Obrero! A la esclavitud del salario responde con la organización, con la emancipación, con la cultura, contra todas las calamidades que profetizan los degenerados de la vagancia hay que luchar, hay que vencer. El porvenir es del trabajo, el arma de más calibre que existe y que más beneficios ha de aportar al mundo. La guerra que nos presenta el sistema capitalista, acompañada de paro forzoso, se terminará con la abolición del capital individualista burgués, substituyéndola con el gran capital colectivo y social. A la guerra de la violencia, comercial, armada, se la combatirá con el gran ejército pacifista trabajador. A la guerra química, con el boicoteo, organización consciente de las masas trabajadoras, y si, en último extremo, hubiese que ir a la guerra armada, a la guerra del exterminio, a la guerra de la muerte, entonces sería la hora de la revolución social contra todas las guerras capitalistas, contra toda la servidumbre burguesa y contra todas las iniquidades tiránicas del despotismo capitalista.

¡Adelante, pues el porvenir es nuestro! Abajo la vagancia, fuente de todos los

El hombre a trabajar vino a la tierra

Si luchar y sufrir es nuestra suerte, si el trabajo es fatiga y la esperanza nos dice que es pena y el quebranto que siente el hombre por que en él se engendra los dolores que en mi llanto se convierte llorando a nuestro ser la gran tristeza.

Si sabemos que van encadenados los sinsabores en la lucha cruenta que lleva en la esperanza del que estudia con el constante empleo de sus fuerzas.

Si el trabajo es la cruz, carga pesada, que siente el hombre en la incesante brega y abomina del yugo que le oprime cuanto ve que el trabajo no le aliente porque ya forzada la labor diaria porque siguió la recompensa.

Si el pan es masa que el trabajador bate y con el llanto tan sólo se acrecienta... si al fin todo en la vida es cruel martirio porque sólo el que hace es el que impera, ya que todos no nacen corpulentos poseedores de bienes y grandezas.

Si todo el hombre que moral se llama y la imagen de Dios lleva en su esencia cansado del trabajo se mostrase y así se empleara en sus haciendas, si nadie en el trabajo ve una honra, si nadie en la labor ve que hay nobleza, si nadie en el trabajo ve el progreso, si nadie en esta lucha ve el problema que lleva en su interior el adelante, base fundamental de la faena.

Si nadie ve que hasta los sabios fueron los que forzaron más su inteligencia para hacernos la vida más hermosa, para hacernos la vida más perfecta.

Si nadie en el trabajo ve virtudes, si nadie las soporta con paciencia, si la razón tan sólo se ilumina por ver en el cansancio infierno y guerra, si el pensamiento reflexiona y sólo cree que es fuerte de apuros y miserias, si en la región más bella que habitamos no vemos que el trabajo es la riqueza.

Y no pensando que el trabajo es vida lo tratamos con suma indiferencia, seguramente el mundo habrá olvidado que el hombre a trabajar vino a la tierra.

ES COPIA:

FRANCISCO MENENDEZ Y ALVAREZ

vicios y archivo de todas las corrupciones. Ninguna grandeza lo ha de ser tanto como el trabajo honrado, y a él han de rendirse algún día todas las fortalezas que se apoyan en el fanatismo, la vanidad y la ignorancia.

¡Arriba los corazones proletarios! ¡Vamos en pos del progreso y de la ciencia! Fomentemos la enseñanza, base de la cultura y el saber. Nuestras aspiraciones no pueden ser satisfechas bajo un régimen que mantiene el privilegio de castas, que persigue las ideas y dificulta la producción. Nuestro Dios es la ciencia, el trabajo, la justicia y la bondad; nuestra escuela es el libro, siempre abierto, de la historia, tachonado de penosas experiencias revolucionarias y de grandes sufrimientos sociales, de espantosos sacrificios perpetrados en aquellos grandes precursores de la humanidad que dieron su generoso esfuerzo, sus preciosas vidas, en holocausto del ideal redentor. Nuestra misión es que el hombre aislado no tiene defensa ni apoyo y además vive en la animalidad primitiva, no pudiendo nunca incorporarse esas unida-

des dispersas al gran acervo colectivo y a la gran familia universal.

¡Asóciate, paria! ¡Ven con nosotros, compañero! Compartamos juntos la tiránica lucha que está entablada. Ten confianza en la organización. Acude a nuestras filas, hermano, para formar el ejército del trabajo y la producción, que es el que contiene las virtudes necesarias y el que forzosamente ha de triunfar. Huye de las tenebrosidades del pasado. Incorporate a los tuyos, a los que lloran, a los que sufren cadenas y privaciones. Sea nuestra bandera la enseñanza, que nos dirija como un solo hombre, que el porvenir es del trabajo. ¡Adelante, jóvenes, pues somos la fuerza del porvenir!

ANGEL GARCÍA.

Letras de oro

En las riberas del Oka vivían felices numerosos campesinos; la tierra no era pródiga, pero labrada con tesón producía lo necesario para vivir con holgura y aun para guardar algo de reserva.

Ivan Pavlovch, uno de los labradores, estuvo una vez en la feria de Novgorod y compró una hermosísima pareja de perros sabuesos para que cuidaran su casa. Los animalitos, al poco tiempo, se hicieron conocidos en todos los campos de la vega del Oka por sus continuas correrías, en las cuales las ovejas y terneros no solían quedar muy bien parados. Nicolai Fofanot, vecino de Ivan Pavlovitch, fastidiado de las continuas molestias de los sabuesos, en la primera feria de Novgorod compró otra pareja de sabuesos para que defendieran su casa y sus ganados. Al principio los nuevos guardianes riñeron con los antiguos, pero pronto se amistarón y todos los cuatro hicieron juntos las correrías. Los otros vecinos, que vieron aumentar la amenaza para sus ovejas, se proporcionaron también sabuesos, y así, a la vuelta de pocos años, cada labrador era dueño de una jauría numerosa de quince o veinte perros. Apenas se oscurecía, sus ladridos atronaban el aire; el más leve ruido, los sabuesos corrían furiosos y con estrépito tal, que parecía que un ejército de bandidos fuera a asaltar la casa. Los amos, azorados, atrancaban bien sus puertas y decían entre sí: "¡Dios mío, qué fuera de nosotros sin estos valientes sabuesos que tan abnegadamente defienden nuestra casa!". Los que habían provocado el tumulto eran otros perros que iban por el camino o merodeaban cerca de la cocina; por lo común los defensores concluían por engrosar la partida de los vagos y seguir con ellos.

Entretanto, la miseria había sentado sus reales en la aldea; los niños, cubiertos de harapos, palidecían de frío y de hambre, y los hombres, por más que trabajaban de la mañana a la noche, no conseguían arrancar al suelo el sustento necesario para su familia. Un día se quejaban de su suerte delante del Pope del lugar, y como culpaban de ella al Cielo, éste les dijo:

—"La culpa la tenéis vosotros: os lamentáis de que en vuestra casa falte el pan para vuestros hijos, que languidecen magros y descoloridos, y, sin embargo, veo que todos mantenéis docenas de perros gordos y lucios."

—Los defensores de nuestros hogares— exclamaron los labradores.

—¿Los defensores? ¿De quién os defienden?

—Señor, si no fuera por ellos, los perros extraños acabarían con nuestros ganados y hasta con nosotros mismos.

—¡Ciegos, ciegos—dijo el Pope—, no comprendéis que los perros defienden a cada uno de los perros de los demás, y que si nadie tuviera perros no necesitarías defensores que se comen todo el pan que debiera alimentar a vuestros hijos! Suprimid los sabuesos y la paz y la abundancia volverán a vuestros hogares.

Los labradores, siguiendo el dictamen del Pope, se deshicieron de sus defensores, y un año después sus sobrados y buhardillas no bastaban para contener las provisiones, y en el rostro de sus hijos sonreían la salud y la felicidad.

Lo mismo que pasaba en las riberas del Oka acontece ahora a los europeos y americanos: tienen ejércitos innumerables de defensores que meten mucho ruido cuando notan la menor agitación entre los defensores de un país vecino, y están consumiendo las mejores fuerzas de todas las naciones.

LEON TOLSTOY



Hoy más que nunca ¡Frente único!

PREAMBULO

A fuer de sinceros diremos que es preciso, imprescindible, plantear los problemas que a la clase obrera se le presentan, apremiantes e impositivos, de la manera más lisa y llana, clara y concreta que darse pueda. Los cuchicheos de café o entre bastidores, que se queden para los que, llamándose revolucionarios y abogados defensores de los trabajadores, no son más que, en apreciación más benigna, revolucionarios de salón, con frac y guante blanco (¡perdón, D. Inda!).

Por consiguiente, en todos los modestos artículos que redactemos, estamparemos nuestro más acertado pensar proletario, sin temer a sanciones que desean imponer en nuestra contra determinados dirigentes sindicales. Quede bien entendido, y que los lectores amigos de TRIBUNA LIBRE (que lo son todos los que la compran y leen), sepan que muy en breve hablaremos largo y tendido para poner las cosas a ese respecto en su punto y lugar.

HAY QUE ORGANIZAR LAS LUCHAS

¿Cómo no plantearnos semejante vitalísima cuestión fundamental cuando constatamos harto lamentablemente que la serie y sucesión de hechos en los movimientos obreros desarrollados estos últimos tiempos en España nos dan la razón justificativa para su planteamiento?

La generalidad de los movimientos en la Península han sido formulados de manera deslabazada e incongruente por el interés mezquino de sus dirigentes. Y los «frentes únicos» que en Cartagena y Ferrol se efectuaron fueron ineficaces por culpa de no haber sido creados a base de Comités de lucha. El «frente único» no puede ser hecho desde arriba. Ha de ser hecho por abajo, por los que siendo compañeros de explotación y vilipendio se aprecian y comprenden mejor en el taller, en la fábrica, mina, campos. Sólo así y nada más que así. Creer que el frente único debe ser hecho por los jefes es creer la inconcebible.

Tan sólo los obreros de Sevilla, dirigidos por la Unión Local de Sindicatos Rojos, adheridos a la Confederación General del Trabajo Unitario, nos dan una demostración elocuente de que cuando las luchas de frente único a la base son emplazadas con virilidad y energía, entonces los movimientos no se pierden ni son traicionados. Y no son traicionados porque se ha logrado interesar manifiestamente

a la totalidad de los obreros en ellos comprendidos, así como porque los jefes traidores han sido de antemano desplazados. No creemos será necesario recordar el formidable triunfo de los tipógrafos de Sevilla, que a la par de un aumento de salario y nuevas medidas más beneficiosas para su clase han conseguido también las «cuarenta y dos horas semanales»; así como tampoco el de los dependientes de comercio y bares, etc.

Y es que los obreros revolucionarios sevillanos, en el terreno de la lucha de clases, han aprendido mucho agrupados en la Unión Local de Sindicatos Rojos. Ellos nos enseñan a saber que los obreros debemos plantear y formular nuestras cuestiones prácticamente, organizando nuestras luchas bajo el mando directo de los trabajadores mismos afectados en el movimiento, es decir, con los comités de lucha constituidos antes de declararse el conflicto.

Pero ante todo y por todo, los obreros debemos impedir que los líderes de la U. G. T. y C. N. T. dirijan esos movimientos y hacer que ellos se conduzcan bajo el control eficaz y definitivo de la base, representada en su totalidad en los comités de fábrica o taller, primero, y en los comités de lucha de fábrica o taller, después.

Hay también que independizar rápidamente las luchas de las maniobras de los jefes ugetistas y sociademoócratas, quienes con sus teorías de «actualmente no podemos exigir más a los patronos», adoptan la postura que más conviene al capitalismo.

Los trabajadores no podemos tener nada de común con los jefes de la U. G. T. que, como el ministro de Trabajo, Largo Caballero, dicen en el Congreso socialista últimamente celebrado: «No se puede dar satisfacción a las peticiones de los trabajadores», o, como dijo también Fernando de los Ríos, en Salamanca: «Quiero, camaradas socialistas, que hagáis reflexionar a los trabajadores para que no escatimen su esfuerzo durante la jornada de trabajo.» Aunque estos dos jefes contrarrevolucionarios no hubieran antes demostrado hasta la evidencia su traición a los postulados clasistas del proletariado y el campesinado, sólo con esas sus frases lanzadas enseñarían a los trabajadores a comprender cuál es el verdadero papel que esos dos individuos están representando.

Así, pues, comprendiendo las razones que asisten a los obreros para repugnar de los jefes traidores, y saltando por encima de ellos, hoy más que nunca se impone la consigna de frente único inmediato. Pero frente único, sí, más a base de comités de fábrica, taller, mina o cortijo, que cedan paso a los comités de lucha ante la preparación y vecindad del

conflicto contra la patronal y sus allegados.

Todos los obreros partidarios del frente único en la lucha contra el capitalismo deben intensificar sus trabajos a favor de tal consigna. Hay que ir al compás de la batalla entablada contra nuestros enemigos de clase; hay que pelear valientemente por la consecución victoriosa de las reivindicaciones proletarias y dirigir la revolución española hacia sus finales consecuencias.

Y ello por encima de los jefes traidores y contra los jefes. Por la base y con la base, que es la medula de la revolución.

JESÚS IRIBARREN.

Bilbao, enero 1933.

Conciencia del proletariado

EL PROBLEMA SOCIAL DE LOS CONSTRUCTORES DE CARRUAJES

Frente al problema social de los carroceros de España hemos de detenernos y recapacitar antes de emprender una nueva orientación que lo resuelva una labor enérgica para hacer respetar nuestros derechos sociales dentro de una disciplina social correcta, dejando a un lado los ideales políticos, ya que la finalidad que debemos de perseguir es el bienestar de una clase profesional, bastante oprimida por cierto y una prosperidad social que siga en pie sus normas en cuanto al respeto ideológico.

Para llegar a la meta es preciso el sacrificio, y no lo decimos por el que supone respetarnos mutuamente nuestros ideales, puesto que éstos no nos han de servir como base, sino que ni de orientación para conseguir nuestra prosperidad.

Las reivindicaciones las consiguen todos, todos, valiéndose del lazo de unión que por su ligazón ofrece una resistencia incombustible. No se registró nunca en la historia que la unión de fuerzas fallase. Es el frente más sólido, y a ello hemos de ir los carroceros de España si queremos ser fuertes. Mientras la unión no exista seremos débiles juguetes de los caprichos patronales, mejor dicho, del capital, juguetes zaheridos y menospreciados que dejamos a un lado la defensa de nuestros derechos, dándolo todo por defender políticas absurdas, llenas de defectos, que no miran más que por los intereses de los paladines más hábiles sin ápice de conciencia.

Como independientes en ideales políticos, nos declaramos de la oposición frente a aquellos que ponen su conciencia social al servicio de la política.

Queremos como soldados del proletariado no hacer uso del guión que nos dicte la disciplina de una táctica política; queremos, eso sí, que aquellos que mili-

Siendo la base de la civilización la explotación de una clase por otra, su desarrollo es constantemente antinómico. Cada progreso de la producción es al mismo tiempo un retroceso para la clase oprimida, es decir, para la mayoría. Cada beneficio para unos, es por necesidad un perjuicio para otros. Cada grado de emancipación conseguido por una clase, es un nuevo elemento de opresión para la otra. La prueba más inconcusa de esto nos la da la introducción del maquinismo, cuyos efectos conoce hoy el mundo entero. Y si como hemos visto, entre los bárbaros a penas puede establecerse la diferencia entre los derechos y los deberes, la civilización señala entre los dos una diferencia y un contraste que saltan a la vista del hombre menos inteligente en el sentido de que da casi todos los derechos a una clase y casi todos los deberes a la otra.

FÉDERICO ENGELS

tan políticamente y llegan al Poder nos gobiernen bien, tengan conciencia y miren por los intereses de los oprimidos con imparcialidad, sean derechas sean izquierdas, nos son indiferentes, si reconocen nuestros derechos.

Lo que nos interesa y de lo que no podemos prescindir es de la unión, puesto que el interés profesional lo exige. Mayor disciplina social, disciplina humana más sincera, porque de ella sacaremos beneficios propios, beneficios que no podemos alcanzar si nos supeditamos a seguir paralelamente la situación que un ideal ocupa. Somos obreros y el fin que perseguimos no es sentar nuestro criterio ideológico, puesto que en principio nos declaramos al margen, sino aportar una idea para el desenvolvimiento social más eficaz, más propio y más beneficioso.

MOTIVOS DE UNION

Nunca dió lugar nuestra situación profesional para una unión sindical como la actual.

La crisis que de día en día se agudiza, necesita ser atajada con un frente potente capaz para disolverla. Esta crisis, culpa de nuestra inactividad, se hace problemática, desenfundada, y de no aportar todos, todos, nuestra fuerza, que, unida, constituya el bloque, recaeremos en la responsabilidad más cruel, de la que daremos cuenta no tardando mucho. No creemos que nadie se excluya si en su fuero interno siente amor a la profesión, a esa profesión que atravesando una época estéril tiene el deber de mirar a un porvenir lozano, futuro que sea reflejo de una voluntad que se dió cuenta de su ruina a tiempo.

Hemos llegado a este momento, momento que puede ser decisivo y al que todos debemos de prestar nuestra cooperación.

Una circular enviada a las distintas Sociedades de España por la Comisión Pro Federación es todo un poema, es algo que se debe leer una y cien veces y pensar solamente lo que ella encierra y el beneficio que podía aportar en principio su aceptación, con la fuerza de una adhesión unánime que funda unas aspiraciones que aun los más reacios ansían.

Nuestra Federación, desvelo de unos compañeros que, pensando nuestro estrecho presente, ansían, no para ellos solos, sino para todos, un futuro de recompensa y de bienestar, debe de llegar a la realidad, consolidar sus aspiraciones, para que un día sin demora podamos decir que nuestra profesión, nacionalizada, satisface nuestra aspiración y protege nuestro porvenir.

¡Adelante, carroceros de España!

JULIÁN MERINO.

Santander, enero 1933.

Imp. MURILLO.—Pasaje Va'decilla, 2.